

LXXX.

LOS FERVORES PRIMEROS.

Un rayo que hubiera reducido el templo á cenizas no hubiese consternado al ministro de Parque verde lo que le consternó la nueva de la conversión de la familia Needle. El buen hombre no sabía tranquilizarse, ni daba crédito á la noticia; aún después de las pruebas más indudables se preguntaba:—¿Estoy despierto ó soñando? Preveía la deserción de la parroquia, el cesar los subsidios y que sus esfuerzos quedarían reducidos á la nada.—¿Qué puedo conseguir de este pueblo sin el auxilio de

los señores del castillo . . . ? Y después sabe Dios en qué manos caerá el *jus patronato*.—Sin embargo, á nada conducían las quejas; apenas se atrevía á lamentarse con miss Mary, que se desesperaba con él secretamente. Entre los del país hubo primero muchas habladurías, y después nada. Hablaba cada uno del suceso como de un hecho consumado, sin inclinarse á un lado más que á otro, esperando que los intereses no sufrirían nada. Sólo se dolían amargamente las pocas cabezas vacías que tomaran á pechos lo de la capilla independiente, así como los que comprendían que convertiríase luego en católica.

En el castillo todo era movimiento, luz y vida, floreciendo todo con una nueva piedad y santos deseos. Habían trascurrido pocos días desde la resolución de convertirse, y mistress Needle había ido muy adelante ya en la nueva vía. Había imaginado nuevos modos de santificar su entrada en la Iglesia católica: limosnas á los pobres, oraciones en común con la servidumbre convertida, ofertas al Sumo Pontífice, la capilla doméstica, y así sucesivamente. Todo esto era el fruto de su piedad sincera; piedad reordenada y firme en su objeto. John no inventaba la menor cosa, con-

tentándose con aprobarlo todo. Retirábase Julia, durante los dos ó tres primeros días que permaneció el delegado del Obispo en Parque verde, y no tomaba parte en conversación alguna, si no la requerían. La señora consultaba con el sacerdote que le habían ofrecido para que guiase su conciencia, y maravillábase de hallar en ella tan pura confianza en un ministro de la Religión, desconocido anteriormente, preguntándose á sí propia de dónde nacía la seguridad filial con que aceptaba sus consejo. Se gozaba en ponerle de manifiesto su vida interior, y sobre todo sus remordimientos por haber vacilado tanto tiempo en abrir los ojos á la luz; é íbale manifestando sus designios de vida católica. El ministro de Dios, después de oírlo todo con digna benevolencia, le contestaba:—Mi buena señora, ó, si quereis que os llame como acostumbramos los sacerdotes tratando de cosas espirituales, mi buena hija

—Gracias, padre mío; este nombre ensancha cada vez más mi corazón.

—Hija mía, pues; todos vuestros propósitos; son buenos, excelentes, germinados por el soplo del Espíritu Santo, que os quiere en breve hacer recobrar el tiempo perdido confío ciertamente que, corres-

poniendo á las internas inspiraciones, ganareis toda la merced de los fieles operarios, aunque vuestra obra comience sólo á mediodía. Sin embargo, en vuestras prisas hay algún exceso. No queráis abrazar demasiado, y no lo queráis hacer todo de buenas á primeras. Por ahora, pensad sólo en una perfecta conversión.

—Espero en Dios que será completa.

—La del corazón, que es la principal, si; mas la de la mente puede recibir aumento y perfección. Si me ois á mí, os ocupareis, ahora sobre todo, en posesionaros de la doctrina cristiana y del recto modo de recibir los Sacramentos. Lo que os aconsejo á vos aconsejadlo á vuestros hijos, y á cuantos os imiten en el castillo. Para conseguir este bien espiritual y para cualquiera otra dirección que podais ahora necesitar, podría exhortaros á que os encerráseis algunos días en una casa religiosa con vuestras hijitas, según una costumbre bastante común; mas no veo que para vos sea preciso. Teneis, gracias al Señor, en vuestra casa una buena Hermana de la Caridad, y aún mejor, un ángel bajado del cielo, que se llama Julia de los Laureles; con ella entendedos bienamente, y me dice el corazón que dentro de pocas semanas es-

tareis dispuesta á recibir los Santos Sacramentos. Yo en los últimos días (ya nos volveremos á ver en los festivos) vendré á disponerlo todo, de modo que vuestra entrada en la Iglesia católica cause á todos plena satisfacción.—

Contentose mucho por tales consejos mistress Needle, que tenía ya la idea de hacerce instruir y educar por Julia; en su pensamiento oía sus explicaciones y le consultaba todas sus dudas. No sabía imaginar que una religiosa supiese y quisiera instruirle en la doctrina católica mejor que Julia. Con todo, las palabras del hombre venerable aumentaron extraordinariamente su confianza de someterse por completo á las indicaciones de su dulce amiga. Muy alegre dió gracias al ministro de Dios, é invitóle después á visitar la capilla, que su primogénito con feliz inspiración, quería convertir en oratorio católico. Subieron en coche: John y Julia iban también. Poquísimos había de cambiarse en la capilla. John dijo:—Ruego á miss Julia que tome sobre sí el encargo de proveerla de lo conveniente: tengo fé no poca en su buen gusto.

—Yo, añadió la madre, pongo la condición de que Julia no ahorre nada, dispo-

niéndonos la más bella y devota capilla que se puede ver con dos ojos.

Aceptó Julia gustosamente tan digno encargo, y el sacerdote se fue aquella noche á Newcastle, y marchóse John á Londres al día siguiente, para estudiar allí á su gusto durante los días de la preparación al bautismo. Los trabajadores del país fueron llamados prontamente para la obra, y llegaron además algunos de Newcastle. Entre tanto, no se dejaba de la mano el Catecismo. La escuela, las diversiones, las costumbres domésticas é inveteradas, todo, en fin, cedía el sitio al primero y mas urgente negocio de aprender la doctrina de la salvación, una hora por la mañana y otra por la tarde, Julia explicaba el Catecismo diocesano, y hacía repetir las oraciones más indispensables. Concurrían á su escuela mistress Needle, sus pequeñas, y cada día alguna de las sirvientas, qué movidas por el ejemplo de sus señores, iban acercándose á la pequeña grey de los catecúmenos. Kelerina, siempre la primera en acudir á su sitio, afirmaba que en su parroquia natal no había faltado al Catecismo nunca, y que ahora le placía rehacerse del largo ayuno, escuchando á miss Julia.

Y sobre hacer de alumna, la sencilla cristiana Kelerina en ocasiones hacía de maestra, porque también la consultaban las niñas con ingenuidad cuando al levantarse y al irse á dormir las servía de camarera. No dejaba de inculcarles sus devociones, que no eran pocas, ni de hacerles repetir el acto de contrición, ni de obligarlas á besar amorosamente las llagas del Crucifijo, ni de que rociasen con agua bendita su camita, ni de que se santiguasen. Antes de llevar la luz á su cuarto, las saludaba con el saludo del tirol: "Alabado sea Jesucristo;" y quería que le respondiesen: "Eternamente."

Julia estaba contentísima por aquel auxilio que le prestaba la buena hija del Tirol, porque no podía acudir á todo. Debía entonces proveer á la iglesia de vasos sagrados, imágenes, ornatos, ropa blanca, cuadros y demás utensilios. No obstante todo lo que hizo, sin economizar dinero ni auxiliares, el primer domingo fué imposible celebrar los divinos Oficios en la capilla del pueblo. La señora, con todos los catecúmenos del castillo, fué á oír la santa Misa en Newcastle. Al que le hacía notar que no tenía obligación de ir tan lejos: —¡Cómo! respondía con el fervor de una neófita: ¿he viaja-

do tantísimo para deleitar los ojos con cosas profanas, y no podré ahora gastar algunos chelines para concurrir al divino Sacrificio? A los pobres les excusa la lejanía; pero no á nosotros, que podemos soportar tan leve dispendio.—

A la semana siguiente quedó el oratorio completamente dispuesto, sin excluir un gran custodio ó conserge, que sabía hacer de sacristán si era preciso. Habiendo ido el sacerdote á visitarlo detenidamente, halló que no faltaba ni un alfiler. Con toda la solemnidad posible en un país anticatólico, delante de los señores del castillo y de los católicos del contorno, previamente invitados, lo bendijo, y colocó en el altar la piedra consagrada. Le dió los nombres de San Juan y de Santa Ana, en memoria de John y de la Needle, que abrían el edificio para el culto divino. Habíase ya encargado la pintura. En la primera Misa, acercáronse á la mesa eucarística Julia, Kelerina y algún católico más, con extraordinario júbilo de mistress Needle, que los envidiaba, y prometíase á sí misma pronto una felicidad semejante. Quiso también que se tocase una campanilla pequeña, en defecto de otra mayor.—Si no aprovecha, decía, para llamar gente, servirá pa-

ra publicar el derecho que ha conseguido la Iglesia católica, y persuadir de que nos proponemos hacer uso de la libertad que nos asegura la ley.

No satisfecha todavía con el oratorio público en el pueblo cercano, quiso que una estancia decente del Palacio se trasformara en oratorio familiar. Adornólo con su mano, haciéndose ayudar por Julia y sus hijas. Proponíase colocar en él una devota imagen de Lourdes, que había encargado en Francia, supliendo en el ínterin la pequeña que tenía Julia sobre su reclinatorio. Se usó incontinenti este oratorio para las oraciones de la mañana y las de la noche, así como para el rezo del Rosario en común. Quería introducir en Parque verde cuantas piadosas costumbres había observado ú oído en casa de Julia en Nápoles, ó en la *villa* de los señores Giacinti, en Toscana. Bastaba que comprendiese que algún bien era posible, para que pronto, aconsejada por su corazón, profundamente inclinado á la piedad, lo ansiase y recurriese á los medios para ponerlo en ejecución. El único papel de Julia reducíase á moderar de continuo aquellas crecientes demostraciones de celo religioso, á fin de que no degeneraran en excesos, ó fue-

ran en demasía gravosas á la ferviente neófito, ó insoportables para los criados.

En el santuario doméstico daba Julia las lecciones de la doctrina cristiana. Decían que duraban una hora, pero frecuentemente la hora no era sino el principio, porque tratándose la maestra y las discípulas con familiaridad absoluta, se proponían las dificultades y las soluciones, sin otra medida que la discreción y el gusto de las ansiosas catecúmenas. La profesora, descubriendo la insaciable avidez de aquellas amorosas oyentes, pasaba más de una vez de los confines del Catecismo, aprovechando las coyunturas, para referir claramente las preocupaciones anticatólicas y poner de realce su falacia. Habiendo sabido que alguno de la casa iba diciendo que no quería mudar de creencia porque, después de todo, había poca distancia de la iglesia protestante á la romana, procuraba con ahinco demostrar hasta la evidencia las incompatibilidades profundas é irreconciliables entre el anglicanismo y el Catolicismo, haciendo que palpasen con la mano que así como éste enseña esencialmente la verdad, aquél enseña el error esencialmente, no solo en puntos de leve importancia, sino en cosas gravísimas y fundamentales, que

constituyen una recíproca oposición total. Añadía que siendo la una la sociedad de Jesucristo, la otra, contraria, debía ser la sinagoga de Satanás.

Placiale también hacer notar con frecuencia las varias opiniones de las diversísimas setctas protestantes, sus discordias, sus perpétuas vicisitudes y sus metamorfosis, sin concluir nunca de cambiar un error con otro, á fin de oponer á ellos la fé, una, cierta é inmutable de la Iglesia católica. Demostraba el fundamento y las pruebas de ésta con textos de las divinas Escrituras y de los Santos Padres, tomándolos á la letra del B. Pedro Canisio. Dejaba después el libro á la señora, para que con toda satisfacción pudiese examinar á su gusto las citas, y convencerse hasta la evidencia de que la Biblia para los católicos no es un nombre vano, sino un poderoso auxiliar de las enseñanzas religiosas. De tal guisa esfarzábbase por echar la semilla de la fé muy honda y para que germinase con actos de piedad grande.

Tal fatiga no era la única ni la más grave que se tomaba Julia, porque no cesaban sus conversaciones sobre argumentos que hacía muchos años presentaba con frecuencia: ocupaba todas las horas del

día en responder á las particulares dificultades que le suscitaban, puerilmente las niñas, y gravemente las personas adultas. La que estuvo en la cuna bajo un cielo católico, y pasó la infancia á la sombra de sus vetustas Basílicas, y bebió á largos sorbos las verdades reveladas, sin oposición ni sospecha, difícilmente puede inferir cuántos y cuáles espantajos surgen en la mente de los anticatólicos cuando de pronto se disponen á penetrar en los dogmas y en las prácticas de la Iglesia. Sobre cien y mil cosas conciben dudas leves, temen y se asustan; frecuentemente, á pesar de la mejor voluntad del mundo, entienden mal las verdades más sencillas, é interpretan de mala manera las costumbres más razonables. Es preciso darles explicaciones sobre cosas que al católico de nacimiento parécenle tan luminosas como los rayos del sol. Julia se resignaba á las interminables consultas; hablaba, insistía en sus explicaciones, y á cada uno dejaba persuadido y contento, según su capacidad.

No era leve trabajo, por añadidura, satisfacer en otras reuniones á las devotas preguntas de su señora, que á ella recurría como á un director espiritual en asun-

to de ascética. Para dar al espíritu de la fervorosa convertida una ocupación templada y útil, la joven puso en su mano toda su librería de devoción, compuesta de algunos libros de oraciones, de una *Filotea* de San Francisco de Sales, y de varios tomos del P. Williams Faber, gratísimos á la piedad inglesa. Además tenía de tres ó cuatro vidas de Santos. Cuando mistress Needle no se internaba en el estudio del Catecismo, poníase con ahinco á revisar aquellos libros. En su virtud, nueva cosecha de dudas, y nuevos motivos de consultas. La excelente señora manifestaba en estas sus sentimientos con un candor maravilloso. Parecíale la cosa más natural del mundo que siendo Julia provecta en la religión, y en la piedad pura, fuese igualmente profesora; por lo mismo parecíale que podía fiarse de ella, revelándole todo lo bueno y todo lo malo de su corazón.